

ESTUDIOS ECLESIASTICOS

REVISTA TRIMESTRAL

AÑO 12 — N.º 46

ABRIL 1933

T. 12 — FASC. 2

LA CRISIS BIBLICA EN EL CAMPO CATOLICO A FINES DEL SIGLO XIX (*)

II

ALFRED LOISY-MAURICE D'HULST

Lo que el Cardenal Newman fué para el Catolicismo inglés, eso fué, hasta cierto punto, para el Catolicismo francés, en los últimos decenios del siglo pasado, Mgr Maurice d'Hulst: no sólo una personalidad de las más relevantes y prestigiosas de la época, y en quien vivió, o tuvo al menos sus reflejos, cuanto de mejor y más selecto había en el pensamiento de su siglo; sino el centro de un movimiento intelectual católico, pocas veces igualado hasta entonces en la historia. En comunicación directa con la vida, la ciencia y los progresos de su tiempo, "era el primer eclesiástico de Francia", como dijo de él, en ocasión solemne desde el púlpito de San Sulpicio, a los pocos días de su muerte, el Rector del Instituto Católico de Lille, Mgr Baunard. (1.)

Nacido de noble familia el 10 de octubre de 1841, ordenado de sacerdote en 1866, capellán de la ambulancia de prensa en la guerra franco-prusiana, Vicario general de la diócesis de París y arcediano de St.-Denis en 1875, orador y apologista profundo desde el púlpito de Notre-Dame en seis cuaresmas sucesivas, de 1891 a 1896, diputado desde 1892 en las cámaras francesas, al servicio del grupo de la derecha legitimista, y fundador, con otros, de la Sociedad de Santo Tomás de Aquino para el fomento de los estudios filosóficos, y defensor entusiasta del neo-escolatismo naciente: Mgr d'Hulst consagró sus mejores cuidados, en los últimos veinte años de su vida, a la organización y dirección del Instituto

(*) Véase la primera parte del trabajo en *Estudios Eclesiásticos*, XI (1932), 433-461.

(1) Mgr. BAUDRILLART, ALFRED, *Vie de Mgr d'Hulst*, París (1912), II, 603.

Católico de París. Secretario de la Comisión organizadora desde los primeros días de su fundación, y su Rector por diez y seis años, hasta su muerte ocurrida en 1896, él fué el alma de aquel centro, erigido bajo la protección del Episcopado francés como el centro de estudios superiores y la universidad católica de Francia.

Sintióse arrastrado como nadie, dice su ilustre biógrafo Mgr. Alfredo Baudrillart (1), por aquella amplia, poderosa, fecunda ola, que, a partir, sobre todo, de 1880, levantó a los católicos, guiados por el gran Pontífice León XIII, y los arrojó alegres y confiados a todas las playas de la ciencia. No dejaban de estar sembradas de escollos las nuevas rutas, y más para los jefes, que con sus iniciativas se asumían la responsabilidad del nuevo movimiento. Era fácil ver la necesidad de una renovación profunda de los estudios, y más en el campo bíblico, entonces tan abandonado y a merced de nuestros enemigos. La dificultad estaba en llevarla a cabo con la altura y madurez debidas, hermanando las exigencias de la nueva ciencia con los postulados de la fe. Por lo mismo, más que la organización y dirección de las demás Facultades, le preocupó al Rector del Instituto Católico de París la de Teología, en la que a las más risueñas esperanzas venían a juntarse los más graves peligros.

“A la vista de tentativas arriesgadas, en contacto con almas turbadas en su fe, y frente a las exigencias, muchas, al parecer, fundadas, de la nueva ciencia, sintió a ratos en su interior Mgr d’Hulst aquel terrible estremecimiento del hombre de conciencia, que se pregunta si no compromete los intereses sagrados, a su persona confiados, junto con la causa que juró servir. Piloto arrojado, a la vez que seguro, nunca desertó de su puesto, y dirigió lo mejor que supo la nave, evitando se estrellara igualmente, si se me permite la frase, contra una u otra de las dos columnas de Hércules, que tenía el deber de respetar, aunque en grado diferente: la libertad de la ciencia y la integridad de la fe. Defendió a Duchesne de los ataques, a su parecer injustos, y eliminó del claustro de profesores a Loisy (2). ”

Este juicio del actual Rector del Instituto Católico de París, justo en sus líneas generales, se nos hace demasiado benévolos e indulgentes en lo que se refiere al problema bíblico y a la intervención de su ilustre biografiado en la tragedia de Alfredo Loisy. Es cierto que acabó por eliminarle de la enseñanza; pero fué a los doce años de profesorado en aquella Facultad, a fines de 1893. De haber tenido la

(1) *Ibid.*, I, 19

(2) *Ibid.*, I, 19-20.

perspicacia y profundidad de visión convenientes en un asunto tan delicado, la decisión hubiera venido antes, y desde luego, nunca se le hubiera confiado a Loisy la cátedra de Escritura, si es que debieron de abrírsele alguna vez las puertas del Instituto. Falló en su elección el Rector, y falló aún más, al sostenerle con su apoyo y prestigio tantos años en las más altas funciones docentes, poniendo incautamente en sus manos, junto con la formación de la juventud eclesiástica más selecta de Francia, las más graves responsabilidades del magisterio en materias de Escritura.

I. La figura inquietante de Alfredo Loisy

Efectivamente, en torno suyo se movía, por aquellos días del curso de 1881-1882, la figura inquietante, llena a la vez de esperanzas y de amenazas, del joven sacerdote de veinticuatro años, Alfredo Loisy. Los tres meses escasos de asistencia a las clases, el curso de 1878, con el último del de 1881, le bastaron a Duchesne, para descubrir, a través de un cuerpo débil y enfermizo, aquél espíritu de selección; y él fué quien propuso con éxito su candidatura para la clase de hebreo el otoño de 1881.

Es preciso nos detengamos ante esa figura, para estudiar sus ideas sobre la inspiración en estos doce años de su profesorado que van de 1881 a 1893, en el Instituto Católico de París; porque él es quien toma la iniciativa y lleva en realidad el problema bíblico en Francia, y él será también quien determine, en momento crítico, los movimientos del mismo Rector del Instituto Mgr d'Hulst, en defensa de una inspiración limitada de los Libros santos, provocando la intervención fulminante de Roma con la Encíclica "Providentissimus Deus."

Felizmente, ese cuadro de la evolución del pensamiento de Loisy acaba de iluminarse con verdadera riqueza y lujo de detalles, gracias a la reciente publicación de sus *Memorias* (1). Como fuentes comple-

(1) LOISY ALFRED, *Mémoires pour servir à l'Histoire religieuse de notre temps*, 3 vol., París, 1930-1931. Para nuestro estudio hemos utilizado el volumen I, páginas 35-359, sobre todo. Su información, si bien unilateral y a ratos sospechosa, es aquí de valor en la historia del pensamiento de Loisy, por estar basada sobre su diario particular de aquellos días, en los que el joven profesor iba confiando al papel con el abandono, que da un monólogo íntimo consigo mismo, en el secreto de la conciencia, todas las ideas e impresiones, a medida que van pasando por su alma. Eso no le impide al autor de las Memorias proyectar a veces sobre el cuadro, trazado hace ya cincuenta años, luces posteriores con perjuicio de la historia.

mentarias de 1913, *Choses Passées* (1), junto con sus escritos sobre el problema bíblico y la inspiración, en las columnas de su revista de vida efímera, 1892-1894, *L'Enseignement Biblique* (2), recogido más tarde en volumen aparte, *Les Études Biblique* (3). Esas páginas nos traen el acento mismo del Profesor en su cátedra del Instituto por aquellos días. Derraman, asimismo, no poca luz sobre el cuadro los dos volúmenes de la *Vida de Mgr d'Hulst*, por Mgr Alfredo Baudrillart, sobre todo, en dos extensos capítulos, dedicado el uno a sus dificultades doctrinales en la dirección de los estudios como Rector del Instituto Católico de París, y el otro, a la cuestión bíblica, en particular (4). Hemos tenido, por fin, presente, al redactar estas líneas, el último estudio del P. Lagrange *Loisy y el Modernismo*, escrito a propósito de sus *Memorias* (5).

* * *

No le es dado al hombre sorprender los secretos, que Dios ha querido dejar ocultos en el santuario de las almas. De conocer la prematura duda religiosa de la noche del 29 al 30 de junio de 1879, que anuncia ya las ruinas de la fe en el alma del joven seminarista de 21 años, la víspera de su ordenación para el subdiaconado, bien se hubiera guardado d'Hulst de poner en él sus ojos para la clase de hebreo, primero, de Asiríología, después, y más tarde, hasta de Sagrada Escritura en las aulas del Instituto. Corre un aire tal de suficiencia y de

(1) LOISY, ALFRED, *Choses Passées*, París, 1913. Utilizamos en particular las páginas 28-147, que relatan este mismo período de tiempo anterior al "Providencestissimus".

(2) Los artículos y crónicas, a los que principalmente nos referimos, son: *Avant-Propos*, I (Janvier-Février 1892), V-XVI; *L'Histoire du dogme de l'inspiration*, o *Inspiration et Canonicité*, I (Mars-Avril 1892), Chronique 5-14; *De la critique biblique*, Leçon d'ouverture du cours d'Écriture Sainte à la Faculté de théologie catholique de Paris, pour l'année 1892-1893, I (Novembre-Diciembre 1892), 1-16; *Les onze premiers chapitres de la Genèse*, II (Janvier-Février 1893), Chronique, 1-16; *La question biblique et l'inspiration des Écritures*, II (Novembre-Diciembre 1893), 1-16.

(3) LOISY, ALFRED, *Les Études Biblique*, Extraits de la Revue "L'Enseignement Biblique", Amiens, 1894.

(4) BAUDRILLART, ALFRED, *Vie de Mgr. d'Hulst*, I, chap. XV: *Le Rectorat de Mgr. d'Hulst. La dirección des études. Difficultés doctrinales*, pp. 450-492; II, chap. XXI: *La question biblique*, pp. 129-180.

(5) LAGRANGE, MARIE-JOSEPH, O. P., M. Loisy et le Modernisme, à propos des "Mémoires", Juvisy, 1932. Interesantes para nuestro estudio, en especial los tres primeros capítulos, pp. 9-102.

audacia juvenil por esa página, iluminada, por otra parte, con colores efectistas de propia apología, que no logra uno sustraerse a la impresión más desagradable, ante ese gesto de Loisy. Porque, en verdad, nos da la medida de su ligereza y temeridad el joven estudiante de veintiún años, que sin base alguna de formación filosófica o teológica seria (él mismo se complace en darnos ese aspecto del cuadro triste de sus estudios en el seminario diocesano de Châlons), y que sin haber saludado siquiera los tratados de Teología Fundamental (los oyó por vez primera el curso siguiente de 1878-1879), avoca a su tribunal toda la construcción teológica de los siglos, y erigiéndose en juez inapelable, la condena por sí y ante sí, como fundada—dice—sobre arena y con los cimientos en el aire (1).

Fué certera la visión del inmortal Pontífice León XIII, al recomendar en su Encíclica "Providentissimus", como si tuviera presente la tragedia, interna del alma de Loisy, el estudio serio de la Filosofía y de la Teología católicas, particularmente a los jóvenes, que habían de consagrarse a los estudios bíblicos. La falta de formación sólida y profunda en esas disciplinas podía acarrear días de luto a la Iglesia, de parte de esos mismos hijos suyos, náufragos en la fe:

"Providendum igitur, ut ad studia biblica convenienter instructi munitique aggrediantur iuvenes; ne iustum frustrentur spen, neu, quod deterius est, erroris discrimen incaute subeant, Rationalistarum capti fallaciis apparataeque specie eruditionis. Erunt autem optime comparati, si, qua Nosmetipsi monstravimus et praescripsimus via, philosophiae et theologiae institutionem, eodem Thoma duce, religiose coluerint penitusque percepérint. Ita recte incident, quum in re biblica, tum in ea theologiae parte, quam positivam nominant, in utraque laetissime progressuri" (2).

Cierto que no llegaba con esa base el joven, cuya preparación para la cátedra de Escritura venía solicitada oficialmente, de parte del Rector del Instituto, al Consejo superior de los obispos, en el mismo proceso verbal del mes de julio de 1882, en el que se le concedía el primer descanso de oficio al abate Duchesne:

"El Rector pide al Consejo autorice a la Comisión para ocupar en los estudios a un joven sacerdote de Châlons, lector en teología, el abate Loisy, con

(1) LOISY, *Choses Passées*, pp. 45-46.

(2) LEÓN XIII, *Encyclica "Providentissimus Deus"*, *Enchiridion Biblicum*, Romae (1927), 37-38.

el fin de preparar en él un profesor de Sagrada Escritura. Comenzó ya a prestar sus servicios, durante todo un año, al abate Martín, en el primer curso de hebreo. El Rector insiste, con esta ocasión, sobre la conveniencia de correr él mismo con la formación de los profesores" (1).

No era en verdad Loisy el más indicado para formar el alto clero de Francia, y menos en materias de Escritura por aquellos días de inquietud y desorientación universal en torno al problema bíblico. Con todo, sus rápidos avances en las lenguas orientales, sus aptitudes nada vulgares para los estudios positivos, su temperamento mismo intelectual y eminentemente crítico, junto con las esperanzas, que todo ello hacía concebir para el porvenir científico de la Facultad en el campo de la exegesis y de la crítica bíblica, tuvieron una fuerza de seducción, hoy día inexplicable, sobre el espíritu de Mgr Maurice d'Hulst.

II. *El discípulo de Renan en el Colegio de Francia*

Loisy tiene interés en que le creamos que su crisis interna brotó de la lectura seria y del contacto directo con los Evangelios. Ya el verano de 1881 se había engolfado, nos dice, en el estudio de las contradicciones sinópticas sobre el texto griego de la edición crítica de Tischendorf, prestada por Duchesne para una primera iniciación en el campo de la crítica textual del Nuevo Testamento.

"No me había contentado yo con observar las variantes de los diversos manuscritos, sino que me metí a comparar los relatos evangélicos entre sí. Crecía, a medida que avanzaba en la lectura, mi pasmo de no haber reparado antes en tales contradicciones. Vi muy claro, como lo ve todo el que no se empeña en cerrar los ojos, que estos libros pedían una interpretación libre, según era de libre su composición misma. No cabía interpretar como rigurosamente históricos textos que no lo eran. Mi temeridad, de haber temeridad en ello, no iba aún hasta discutir la realidad sustancial de los hechos, de los que figuran, sobre todo, en los Símbolos de la Iglesia. Veía, por ejemplo, que los relatos del nacimiento de Cristo, en Mateo y en Lucas, provienen de tradiciones divergentes, sin consistencia histórica, ni conciliación posible entre sí; pero no llegaba todavía hasta negar lo que en esos relatos es materia de fe católica, es decir, la concepción virginal de Jesús. Lo mismo me ocurría con los relatos de la resurrección: no me parecían firmes las narraciones de los Evangelios, pero seguía yo creyendo en la resurrección de Jesús muerto, a una nueva vida. Posición ciertamente peligrosa; pero de la que no me daba cuenta, además de que nada podía yo contra eso.

(1) BAUDRILLART, o. c. I, 474.

"Lo que iba entonces oscureciéndose en mi espíritu, era la noción teológica de la inspiración de las Santas Escrituras. Los Libros Santos se me hacían libros escritos en las mismas condiciones que todos los demás, y aún con mayor descuido y falta de exactitud que otros muchos. Si el Espíritu Santo tuvo alguna parte en su composición, no fué cierto para hacer de ellos libros históricos de primer orden. No me turbó nada este hallazgo; desvanecíanse más bien mis inquietudes de espíritu, a medida que iba asentando el pie sobre el terreno de la crítica" (1).

Es algo desorientador en el estudio del carácter, y hasta del talento mismo de Loisy, esa precipitación y ligereza en formular juicios, los más graves y transcedentes, cuando las premisas están lejos de permitir semejantes conclusiones; y siempre con ese gesto de propia suficiencia, que contrasta con su edad y hasta con sus escasos conocimientos sobre la materia. Le hubiera bastado con el concepto de la inspiración, mejor aprendido en las escuelas, y con una lectura atenta del tratado "De consensu Evangelistarum", de San Agustín, por ejemplo, para no dar toda esa importancia al problema sinóptico: allí hubiera encontrado los principios orientadores amplios de solución científica a esas divergencias, dentro de la más estricta tradición cristiana. Se pasa de pueril y temeraria esa precocidad mal informada del joven estudiante de teología.

Pero resulta aún más pueril y ligero lo que a continuación añade, con proyecciones manifiestas de tiempos y sensibilidades posteriores, sobre las clases de Vigouroux acerca de la historia del racionalismo bíblico, durante el curso de 1881-1882, en el gran seminario de Issy:

"Vigouroux era entonces, y siguió siéndolo siempre, el gran apologista católico de la Biblia. Mas debo confesar que su enseñanza y sus libros influieron más que todos los racionalistas juntos, incluyendo entre ellos al mismo Renan, para alejarme de las opiniones ortodoxas en estas materias" (2).

Pero si las refutaciones del Profesor de San Sulpicio eran débiles e insuficientes, no había más que hacerlo mejor, como observa el Padre Lagrange (3). Y esa es en efecto la impresión, que reflejan

(1) LOISY, *Choses Passées*, pp. 56-58.

(2) *Ibid.*, p. 58.

(3) "Car enfin, si le réfutations de M. Vigouroux étaient insuffisantes, s'il ne réussissait pas à confirmer la Bible, ce n'était pas une raison pour renoncer à l'orthodoxie. *Il n'y avait qu'à faire mieux*", ob. cit., p. 19.

aquellas otras líneas más sinceras de su diario, el día 5 de marzo de 1882:

"Mi línea de conducta.—Por un lado la rutina, declarándose por la tradición; por otro, la nueva ciencia declarándose por la verdad. No representa bien a la fe la primera, como tampoco es la expresión segura de la ciencia la segunda. Estos dos espíritus están en pugna sobre el terreno bíblico, y yo me pregunto si hay alguno en el mundo, que guarde el justo medio entre la ciencia y la fe. Porque ese tal sería mi maestro.

Igual peligro hay en ceder, como en negar demasiado al racionalismo... En esta vía media no hallo guía alguno... No me queda más que marchar bajo la mirada de la Providencia.

Oh Dios mío, dadme veinte años de salud, de paciencia, de trabajo, con ese espíritu de discreción, de sinceridad, de humildad, que permite a la ciencia cristiana producirse, sin peligro del sabio, para edificación de la Iglesia y confusión de sus enemigos" (1).

¡Hermoso programa el del joven profesor en sus últimas líneas! Pero el que en 1882 pide a Dios "veinte años de salud, de paciencia, de trabajo, con aquel espíritu de discreción, de sinceridad, de humildad, para edificación de la Iglesia y confusión de sus enemigos", cuatro años después, en 1886, si no antes, bajo una fachada aparentemente correcta, sólo ocultaba las ruinas de su fe.

* * *

No pequeña parte le cabe en esa tragedia espiritual de su alma, por más que él se empeñe en negarlo, a la influencia nefasta de Renan, cuyos cursos de crítica textual sobre el texto de los Salmos, seguidos por él durante los años 1882-1885, en el Colegio de Francia, dejaron su huella envenenada en el espíritu del joven sacerdote.

"Todos saben—escribe evocando el recuerdo del maestro—, cómo hacía Renan sus clases. Las preparaba muy poco, o nada. Exponía por entonces el texto de los Salmos. Tomaba un versículo, lo leía, lo traducía, daba luego lectura a la versión griega de los Setenta, para compararlo con ella, citaba, por fin, las conjeturas del oratoriano Houbigant o de algún crítico moderno, para corregir el texto, ponderando, por decirlo así, cada palabra, y permitiéndose toda suerte de digresiones y repeticiones. Era de parecer que un profesor del Colegio de Francia debe trabajar ante sus discípulos, y él efectivamente trabajaba ante nosotros, supongo que con mayor lentitud de lo que hacía en su

(1) *Mémoires*, I, 102-103; cf. *Choses Passées*, p. 61.

mesa de trabajo. Su clase era, en suma, una muy buena iniciación en la crítica textual del Antiguo Testamento. Hablaba con frecuencia de otras cosas; y eran aquellas precisamente las que se podían ir a buscar, sobre todo, en sus clases" (1).

Esas otras cosas, que subraya con evidente fruición la cita de Loisy, se dejaron sentir bien pronto en sus apuntes. En aquel diálogo suyo entre el joven sabio y la Iglesia del verano de 1883, va presentando, sus propias ideas contra el dogma tradicional o invariable de la Iglesia; y a través del juego literario se dejan entrever las negruras, más que de noche, de su fe moribunda y expirante.

La relatividad de las ideas, piedra angular, a la vez de su doctrina modernista y de su teoría sobre la inspiración, es el tema central de ese diálogo. ¿De dónde le vino al joven Loisy esa concepción de la verdad, adaptada a cada tiempo y a cada medio, con su flujo y reflujo de fórmulas eternamente variables, aun dentro del dogma y del contenido mismo de las Santas Escrituras?

Ya le hemos oído que Renan hablaba con frecuencia en sus clases de *otras cosas*, que no eran precisamente de crítica textual, y por las que, sobre todo, podía uno tomarse la molestia de ir a escucharle. Pero la influencia disolvente del maestro, sobre esas páginas, la reconoce Loisy en términos explícitos, en su comentario de 1930.

"Aquí se entabla un diálogo, en el que se notan ya las influencias de sus lecturas de Renan, aunque éstas no pasaban más allá de sus *Souvenirs de jeunesse* que acababan de publicarse por entonces" (2).

Y en otra parte vuelve a reconocer esas mismas influencias directas de la obra de Renan (3). Y realmente es él, más que Kant o Hegel, el que le da la idea central de Dios, de la que se deriva su principio de verdad relativa, dentro de la vieja concepción panteísta, que no admite otro ser existente más que el "kosmos", y ése en evolución continua. El lo es todo, y fuera de él no existe nada; y él mismo no es

(1) "Il y parlait souvent d'autre chose; mais c'est cela surtout qu'on y pouvait apprendre", *Choses Passées*, 65.

(2) *Mémoires*, I, 120.

(3) "Il y aurait, pour les personnes qui ont le goût de la comparaison, un parallel à établir entre les réflexions que je viens de reproduire, inspirées plus ou moins par la lecture de Renan, et le compte rendu, que Duchesne a écrit des *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*", *Mémoires*, I, 126.

más que una abstracción, si se le separa de sus manifestaciones contingentes y finitas (1).

* * *

Según Loisy, las suertes estaban echadas el año 1886. No sabemos por qué no se adelanta la fecha al verano de 1885. Después de unas declaraciones, como las que acaban de preceder, el estudio de la Biblia ha perdido su finalidad para el alma cristiana. La crítica bíblica podrá ser en adelante, como observa el P. Lagrange, un deporte, o un estudio, si se quiere, serio, pero de orden simplemente histórico y curioso. Aún cuando los Evangelios estuvieran de acuerdo sobre todos sus puntos, ¿qué importaba dentro de un sistema filosófico, que no admite ya la realidad de un Dios, diverso del mundo? Todo espíritu, por poco culto que sea, y hasta el simple sentido común, alcanza la gravedad del paso. Cuarenta años antes, Taine había abrazado el Panteísmo, y según él, fué su salvación; pero no trató al menos de llevar a Cristo a casa de Spinoza. Renan, hegeliano, se goza en las supuestas contradicciones del Nuevo Testamento; pero tampoco le pasa por la cabeza la idea de ver en el Panteísmo el fondo de la doctrina de la Iglesia. Loisy está interesadísimo en que le creamos que sus nuevas ideas partieron de su estudio directo sobre la Biblia. Resulta, en verdad, ridículo decirnos que su Panteísmo arranca de la Biblia. Loisy, siempre grave, a ratos es también irónico; pero gracioso ciertamente no lo creímos nunca (2).

Su ambición, con todo, al frecuentar por tres años los cursos de Renan, había sido "vencerle un día con sus propias armas" (3), "probándole que cuanto había de verdad en sus afirmaciones, era compatible con el catolicismo bien entendido" (4). Y el 10 de febrero de 1883 escribe todavía en su diario, después de una de aquellas

(1) "Il n'y a qu'une substance éternelle: je l'ai appelée matière, j'aurais put tout de même l'appeler esprit; elle n'est ni l'un ni l'autre! c'est l'être sans principe et sans fin, l'être indéfini qui devient, en se déterminant de telle ou telle manière, en se manifestant sous telle ou telle forme qui est, tout ce qui sera. Lui seul est tout, et le reste n'est rien, puisque tout est lui, et que lui-même n'est plus qu'une abstraction, si on le sépare de ses manifestations contingentes et finies", *Mémoires*, I, 124.

(2) LAGRANGE, o. c., pp. 28-29.

(3) *Choses Passées*, pp. 66-67.

(4) *Mémoires*, I, 118.

clases, en las que se mostraba tan fácil, como ligero, para la ironía en materias de religión y de moral, su maestro del Colegio de Francia.

“Voltaire puede reírse de la Biblia y de la ingenuidad de sus expositores; nosotros no tenemos derecho a eso. La Biblia es nuestro libro... No hay que tratar más a la ligera las cosas de fe y de costumbres. Y hay materias morales, de las que no se ríe impunemente uno” (1).

Mgr d’Hulst, que en su célebre artículo necrológico sobre Renan afirmó, diez años después, con sobrados motivos, que el profesor del Colegio de Francia había “trabajado por matar en los otros la fe, que él mismo había perdido primero” (2); no pesó bien su propia responsabilidad, al poner en manos de un hombre, que sobre los problemas de exegesis abría las perspectivas de una filosofía atrayente, el espíritu indefenso y prematuramente afectado de no sé qué gérmenes morbosos, del joven sacerdote Alfredo Loisy.

III. *La tesis doctoral sobre la inspiración.*

Lejos de sospechar esa trágica realidad interna del alma de Loisy, el Rector soñaba en prepararle para la cátedra de Escritura, cifrando en él todas sus esperanzas: Loisy había de ser el exegeta del Instituto. Precisaba para ello el grado de doctor en teología, y fué d’Hulst quien aprobó, como Decano de aquella Facultad, el tema de su tesis latina sobre la inspiración de las Santas Escrituras (3). A ella había de acompañar otra segunda tesis en francés, dentro del plan primitivo del Instituto; y el tema recayó aquí sobre la versión griega de los Salmos.

No sabe uno qué juzgar de la solvencia moral de Loisy por aquellos años, aspirando, por una parte, a la cátedra de Escritura, en la Universidad católica de París, y confesándonos, por otra parte, que en 1881 había pasado ya al capítulo de pérdidas, en el balance anual de sus ideas, la noción tradicional de la Inspiración, y que en 1883 amenazaba franca ruina todo el edificio doctrinal y apolégtico de la

(1) *Choses Passées*, pp. 66-67; *Mémoires*, I, 118.

(2) En el *Correspondant* del 25 de octubre, citado por Loisy, *Mémoires*, I, 233.

(3) Ese tema llevaba por título en su original latino: “De divina Scripturarum inspiratione quid senserint auctores sacri et scriptores christiani antiquissimi”, cf. *Mémoires*, I, 118-119.

Iglesia, dentro de su alma (1). En una duda paralela contraria, Newman sacrificará, consecuente con sus nuevas ideas, la posición privilegiada, de que gozaba en los ambientes universitarios de Oxford, y se retirará a la pobreza y soledad de Littlemore, como una fiera herida de muerte se retira, dirá él, sangrando y expirante a una cueva, para acabar allí sus días.

No era Loisy de esa raza de almas, y prefirió rodearse de una ficción externa, simulando convicciones y sentimientos que no existían ya en su espíritu, y lo que es más grave, en pleno ejercicio de las más altas funciones docentes dentro del Instituto. El vuelve con frecuencia en sus notas sobre este tema, y trata de justificar un proceder, que mancha—él lo siente como nadie—la honorabilidad de su persona; pero hay cánones de rectitud y moralidad fundamentales, que nunca se pisotean impunemente y sin protesta de la conciencia humana.

Preparada su tesis latina durante los meses de verano y primera parte del curso, pasó con todo sigilo para su previo examen a manos de Mgr d'Hulst. Así se había convenido, por miedo a los profesores de dogma, jesuitas, del Instituto, con intento de echar tierra sobre el asunto, de suerte que se ignorara hasta la existencia misma de la tesis, en el caso, no improbable, de que por sus audacias no pudiera pasar adelante. Se temía de antemano Mgr d'Hulst algunas novedades peligrosas de parte del doctorando, y no le engañaron por desgracia sus temores.

“Después de atenta lectura me aconsejó guardara entre mis papeles el manuscrito. Mi diario lleva esta simple nota el 19 de mayo de 1884: *Ruit thesis*, o lo que es lo mismo: *Cayó la tesis*” (2).

* * *

Si hemos de dar crédito a la información de Loisy, el Rector del Instituto estuvo en aquella ocasión pródigo en elogios para el contenido de su tesis; pero la creía en extremo comprometedora para la Facultad por las protestas, que indudablemente había de levantar de parte de los teólogos. No se atendería a las pruebas ni a los textos,

(1) “On a déjà pu voir que, dès 1881, la notion traditionnelle de l’Écriture inspirée figure au chapitre des pertes. En 1883, c'est tout le système de doctrine et d’apologétique de l’Église qui est mis en discussion”, *Choses Passées*, p. 68.

(2) *Mémoires*, I, 131.

presentados en el trabajo; sino sólo a las conclusiones, tachándole de minimizar el carácter divino de las Escrituras.

“¿Qué había, pues, de tan temerario en mi latín? Una idea muy sencilla, casi elemental, de la que yo sacaba una conclusión eminentemente católica, pero desde el punto de vista de un catolicismo ideal, a la vez que destructora del catolicismo real, escolástico y romano. En pocas frases muy claras del prólogo y del epílogo decía yo que, relacionándose la inspiración de las Escrituras con libros todavía existentes y susceptibles de análisis, era una creencia, que debía controlarse mediante el estudio de esos mismos libros; que la psicología de los autores inspirados era visiblemente idéntica a la de todos los demás escritores; que el concurso divino de la inspiración no alteraba la naturaleza de esos escritos; que si la revelación estaba contenida, y eso sin error, según la afirmación del Concilio Vaticano, en la Biblia, era sólo *bajo una forma relativa*, acomodada al tiempo y al medio, en que se escribieron los libros, así como a su ciencia y a sus conocimientos generales; que la insuficiencia de las Escrituras, como regla de fe, provenía de su misma naturaleza, y que el magisterio de la Iglesia tenía por objeto adaptar la doctrina antigua a las necesidades siempre nuevas de los tiempos, libertando la verdad sustancial de sus formas ya pasadas” (1).

Ahí estaba efectivamente el fondo más peligroso de su tesis latina, a juzgar por las noticias, que de ella nos ha comunicado Loisy en sus *Memorias*, es decir, en su teoría de la verdad relativa, aplicada a la revelación misma de los libros inspirados, en nada diferentes de los demás libros, y sujetos, como ellos, a esa ley implacable de la evolución esencial y constante de las ideas, eternamente imperfectas y perfectibles, o más bien, sólo verdaderas y perfectas en su proyección al medio y tiempo, en que se escribieron.

Nada de extraño que el Rector se asustara de estas audacias, y que le sonaran a algo insoportable dentro de la teología católica, por más que su autor se esforzara en suavizarlas, velando el fondo último de su pensamiento, y cubriendo en desquite con el magisterio vivoiente de la Iglesia, como lo habían hecho—decía él—, los antagonistas de la Gnosis, Ireneo y Tertuliano, lo que tan al descubierto dejaba en la inerrancia tradicional de las Santas Escrituras.

Otra idea, igualmente destructora de la tradición, se deslizaba por sus páginas, y era la referente a la exégesis de los evangelistas y de San Pablo respecto del Antiguo Testamento. El mismo, en efecto, nos cuenta cómo en su primer capítulo del estudio sobre la inspiración

(1) *Choses Passées*, p. 71-72.

demonstraba que la exégesis, empleada por los escritores del Nuevo Testamento respecto del Antiguo, era puramente arbitraria, sólo justificable por las contingencias de la historia, e imposible de sostenerse en adelante como exégesis verdadera. Y añade cómo extendía luego la misma idea a la exégesis de los antiguos Padres de la Iglesia, tan fuera de la realidad histórica como la de los evangelistas y la de San Pablo, y según él, no menos desorientada que la de éstos (1).

* * *

Eran tan burdas las ideas y las audacias tan enormes dentro de la teología católica, que no le valieron sus precauciones, ni su tono moderado y generalmente discreto, ni sus expresiones vagas o de doble sentido, empezando por la misma primera y fundamental de la relatividad de las ideas, ni su apóstrofe final a la Iglesia, maestra de la verdad, en una de aquellas actitudes tan de Loisy, que son un enigma y contradicción frecuente de su espíritu, en un como desdoblamiento de la persona poseída antes de no sé qué satanismo y transfigurada ahora en ángel de luz:

“Eia ergo! Christi sponsa, populorum magistra, Ecclesia catholica! Depositum custodi, depositum explica, depositum praedica. Tu veri perennis arbitra! In te perseverat lux indeficiens et semper accrescens. Nos discipuli tui, laborem offerimus, inbecilles quidem servi, docibiles semper filii. His, mater, indulge primitiis; tuae, precor, acquiesce laudi! Tibi dedimus quod possumus, te loquimur, te exaltamus; quia iugum tuum suave est et onus tuum leve; nec ingenia comprimis, sed dirigis, elevas, protegis. Sic laetantium omnium habitatio est in te, Una, Sancta, Catholica, Apostolica, Romana Ecclesia (2).

Estos gestos y actitudes nos resultan, lo confesamos, los más siniestros y repugnantes de las *Memorias* de Loisy. Cuando un alma pierde la sinceridad, borra el sello divino, que la verdad Eterna ha impreso en su frente como un reflejo de la Divinidad; pero cuando el

(1) “A vrai dire, le principal défaut de ma thèse était sa clarté: dans le premier chapitre, sur la doctrine de l'inspiration dans les Ecritures, il était trop évident que l'exégèse pratiquée par les écrivains du Nouveau Testament sur les textes de l'Ancien était purement arbitraire, justifiable par les contingences de l'histoire, impossible à soutenir comme explication véritable; il en allait de même pour l'exégèse des anciens Pères, non moins échevelée, si on l'ose dire; et de là surgissait l'idée de vérité relative, même pour le contenu de la Bible”, *Mémoires*, I, 131.

(2) *Mémoires*, I, 131-132.

alma se cubre, además, de máscara y de mentira, en las cosas más sagradas para la conciencia humana, arrastra su propia dignidad por el fango, y es el ser más abyepto y repugnante.

Cree Loisy que no penetró d'Hulst por entonces en una consecuencia de su teoría, que él nos asegura estaba ya muy clara y definida en su espíritu, a saber: que la doctrina misma de la Iglesia, aún en sus definiciones más solemnes, poseía la misma relatividad de la Escritura, no estando la palabra de los Concilios ni la de los Papas por encima de la de Dios, y presentándose, por otra parte, en las mismas condiciones. Debió de caer en la cuenta más tarde, y fué en el curso de la revuelta, provocada por su artículo sobre la cuestión bíblica, en 1893, cuando le sugirió por primera vez a Loisy que su idea de *relatividad* echaba por tierra todo el edificio dogmático, construido por la teología católica a través de los siglos.

“Tenía razón, concluye él. Esta idea acababa con el carácter absoluto de la revelación judía y cristiana, de los dogmas de la Iglesia y de la infalibilidad pontificia” (1).

* * *

Loisy, tan pródigo en los detalles de esta historia de su tesis latina de la inspiración, nos presenta la génesis de su idea germinal sobre verdad relativa, como una iluminación repentina de su espíritu en medio de la noche, aunque reconociendo que algunas ideas de Renan, junto con sus esfuerzos constantes por coordinar las conclusiones críticas con los postulados de la fe, pudieron preparar el relámpago, que iluminó con sus claridades la noche:

“Fué el resultado de una especie de fermentación interior, no el fruto de una reflexión, que tiende conscientemente a construir un sistema. La idea fundamental de mi tesis sobre la inspiración brilló de golpe en mi espíritu en medio de una noche, en que dormía mal, por los primeros meses de 1883. Piense el que quiera en una sugestión diabólica” (2).
el que quiera en una sugerión diabólica” (3).

(1) *Choses Passées*, pp. 73-74.

(2) “L'idée fondamental de ma thèse sur l'inspiration biblique apparut subitement à mon esprit au milieu d'une nuit où je dormais mal, dans les premiers mois de l'année 1883. Croira qui voudra que ce fut une suggestion diabolique”, *Choses Passées*, p. 73. En lo que si reparamos es en el estado de inquietud y nerviosismo en que brotó la idea, con sus adherencias morbosas y poco tranquilizadoras en las altas esferas de la ciencia y de las ideas, que han de durar.

Y en su comentario del año 1930 añade estos nuevos detalles sobre el hecho:

"He dicho que esta idea me sobrevino en sueños: era en los días de mi residencia en la calle Lhomond, y por lo tanto, en los primeros meses de 1883. Descansaba yo en una celda y en una cama, ocupadas probablemente poco antes por un jesuita; fué como una especie de choque, como un golpe que vino a despertarme en medio de una pesadilla, en la que cruzaban por mi mente todo un mundo de concepciones teológicas y filosóficas. El relámpago fué repentino, violento y de efecto duradero. Dejo el juicio a los psicofisiólogos: el caso ha sido casi único en mi vida. Con frecuencia vi revolotear por mi cabeza, en sueños, las varias formas de declinaciones y conjugaciones semíticas; pero nunca se concretaron en una revelación gramatical" (1).

Loisy acaba su información sobre la materia, diciéndonos que su tesis doctoral quedó para siempre enterrada, bajo llave. Una regocijante inscripción funeraria, con ligeros retoques del año 1889, al asociársele en la tumba su tesis gemela de la versión griega de los Salmos, decía así:

Hic iacet
 nobilissima de Alexandrina Psalmorum versione thesis,
 quae sorori, de Scripturarum inspiratione nuncupatae,
 superstes
 mortem libenter oppetiit,
 ne sorores ambae,
 ad convivendum natae,
 fortumam dissimilem obtinerent.
 Prior gladio trucidata,
 haec maerore sublata,
 utraque fletu dignissima.
Mortui resurgunt (2).

* * *

"Los "muertos" no han resucitado todavía! No llevaban, por lo visto, ningún germen de vida. El programa y la táctica de Loisy para los años siguientes fueron los que se trazó, a raíz del episodio, en

(1) "J'abandonne le cas au jugement des psychophysiologistes. Il a été presque unique dans ma vie. J'ai vu souvent, en ces années-là, voltiger dans mes songes les formes variées des déclinaisons et des conjugaisons sémitiques, mais il n'en est jamais résulté pour moi de révélation grammaticale", *Mémoires*, I, 132.

(2) *Mémoires*, I, 133.

una de las páginas de su diario. Creía prematuro presentar sus conclusiones. Era mejor comenzar por trabajos de análisis: las conclusiones vendrían por sí mismas con el tiempo. No estaba aún para oírle el mundo eclesiástico: después de algunos años de cátedra, y cuando contara con discípulos por todos los rincones de Francia, sería otra cosa. Correrían entonces fácilmente sus ideas, por estar ya preparados los caminos y sobrar gente decidida a apoyarlas. Para él no había alcanzado nunca la verdad religiosa, ni siquiera en la Biblia, ni en la doctrina de la Iglesia, con ser sus mejores definiciones entre los hombres, una forma absoluta e inmutable; iba formándose indefinidamente y creándose sin cesar (1).

Y en un momento, en que el espíritu del bien y del mal vuelven a aparecer fundidos en un mismo gesto, exclama Loisy:

“¡Ah, la duda no penetra en mi corazón, pero qué espesas son las tinieblas que envuelven mi espíritu! La ciencia ha removido con fuertes sacudidas muchas cosas, que hasta ahora se tenían por ciertas, por divinamente ciertas, entre nosotros. No trabajamos. Se nos trata de ignorantes, y no sin razón. El ignorante y el sabio no se distinguen delante de vos, oh Señor; pero, ¿consentiréis que se miren en adelante, como error de gentes ingenuas y sin cabeza, los honores y prestigios, de que gozábais hasta ahora? *Haec recordatus sum, et effudi in me animam meam. Exurge, Domine, adiuva nos, et libera nos propter nomen tuum!* Para llegar a ser en estos tiempos vuestro profeta, tendría que comenzar por ser, bien claro lo veo, un santo y un sabio. Dos condiciones igualmente duras. ¡Pero así es, Dios mío! Ayudadme, *et dissipentur inimici tui* (2).

¡Qué propias de Loisy, como de todo carácter débil y enfermizo, son estas variaciones del espíritu!

* * *

Coincidiendo con su tesis doctoral fraca-sada, y el mismo mes de Mayo de 1884, registramos el hecho sintomático de la traducción del artículo *The Inspiration of Holy Scripture*, de Newman, debida a la pluma de otro profesor del Instituto, el abate Beurlier, en Francia. Vió la luz pública, primero, en el *Correspondant* del 25 de Mayo, y luego en tirada aparte con el título *L'Inspiration de l'Ecriture Sainte*,

(1) “Il y était dit que la vérité religieuse n'a jamais atteint, ni dans la Bible, ni dans l'enseignement de l'Église, qui sont ses meilleures définitions humaines, une forme absolue et immuable; elle continue de se faire indéfiniment”, *Mémoires*, I, 136-137.

(2) *Mémoires*, I, 137-138.

seguido de un apéndice, resumen del segundo artículo, respuesta del mismo Cardenal al ataque de Healy. El hecho mismo de su traducción de parte de un miembro de aquella Facultad, y a los tres meses de la publicación del original inglés en las columnas del *Minetcenth Century*, unido a lo expresivo de las líneas-presentación del egregio articulista:

“El Cardenal Newman ocupa un puesto demasiado alto en la Iglesia y dentro de la ciencia, para que dejemos de llamar la atención del público hacia el artículo, que acabamos de traducir” (1).

dejaban entrever las corrientes de simpatía, que pronto se establecieron entre los defensores de las nuevas ideas y el Instituto Católico de París.

IV. *La profecía de Isaías 7,14 y su interpretación de la concepción virginal de Jesús en S. Mateo 1, 22-23.*

En sus notas del verano de 1884, apunta Loisy que de haber puesto sus ojos antes, en los días del gran seminario de Châlons, sobre los trabajos de los alemanes y de Renan, sus creencias hubieran acabado para siempre, como las de éste, con la deserción inmediata antes del subdiaconado.

“Pero estaba yo lejos de sospechar entonces los desastres, sufridos por nuestra apologética, y pensaba se podía defender aún nuestra vieja teoría de la inspiración, convencido como estaba de que los racionalistas atacaban sin un grano de buena fe, o, al menos, sin pruebas suficientes, las Santas Escrituras.

La lectura de Renan en varias de sus obras me ayudó para dar cuerpo a la nueva opinión que me iba yo formando de la Biblia. El fué quien me hizo buscar también los medios de conciliación entre el dogma y los resultados ciertos de la ciencia. Renan, concluyendo del hecho de que el Pentateuco es una compilación, y Daniel un apócrifo, a la no-inspiración de esos libros, me parecía un muy mal lógico... Yo soñaba en coordinar mis ideas sobre la Biblia, sobre la inspiración, sobre los verdaderos principios de exégesis” (2).

Renan era, después de todo, más consecuente, al argüir de los supuestos errores y contradicciones de la Biblia contra su origen di-

(1) NEWMAN, *L'Inspiration de l'Écriture Sainte*, traduite par Mr. l'abbé Beurlier, Paris (1884), 32.

(2) *Mémoires*, I, 136.

vino. Loisy, con reconocer los mismos hechos, trataba de salvar aparentemente su autoridad, recurriendo al principio de la verdad relativa, aplicada a la Biblia, es decir, interpretando esos mismos supuestos errores y contradicciones del texto inspirado, como una degradación inevitable de la verdad divina en su adaptación a los hombres y a las épocas. ¡Ilusionábase pensando salvaba así la noción tradicional de la inspiración de las Escrituras! Hoy día reconoce él mismo andaba muy lejos de salvarla. Como restos flotantes del naufragio, quedaban en su alma cierto respeto a los sagrados libros, y el puesto excepcional, único, que les concedía, en su obra educadora de la humanidad (1).

Era el término, al que había llegado en su ideología religiosa, su maestro por aquellos años de 1882-1885 en el Colegio de Francia, Ernesto Renan (2). Y el mismo, al que un siglo antes llegara el filósofo de Könisberg, Manuel Kant.

* * *

El nuevo curso de 1884-1885 le preparaba a Loisy una sorpresa, no desagradable, en la suplencia del profesor ordinario de Sagrada Escritura, el abate Martín. Con esto lograba en parte sus aspiraciones, entrando en el claustro de profesores del Instituto: hasta entonces había sido un simple lector de hebreo y maestro de conferencias, sin pertenecer propiamente al cuerpo docente de aquella Facultad.

Ya en el primer curso de exégesis, sobre el libro de Isaías, provocó Loisy un incidente muy sintomático y precursor de otros incidentes posteriores, que acabarían por arrojarle de la cátedra y del Instituto, y, por fin, hasta de la Iglesia misma. El fué quien desencadenó la tormenta con su comentario al pasaje de Isaías 7,14, auténticamente interpretado de la concepción virginal de Cristo, bajo una de las fórmulas más expresivas del dogma de la inspiración y del sentido literal profético, por San Mateo 1, 22-23:

"Y todo esto ocurrió, para que tuviera cumplimiento lo que dijo el Se-

(1) "Je ne sauvais pas la notion traditionnelle de l'inspiration—impossible à sauver—, mais il me semble que je maintenais la considération morale des Écritures, leur place éminente dans l'éducation de l'humanité", *Mémoires*, I, 136.

(2) Lo nota el mismo Loisy dentro de ese contexto: "Cette place Renan ne la contestait pas—l'a parlé du *miracle juif*—, mais il ne la mettait pas toujours en relief", *Mémoires*, I, 136.

ñor por el Profeta: He aquí que concebirá en su seno la Virgen, y dará a luz un hijo, y le llamarán Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros.”

Anunciábale el vidente de Israel al rey Achaz la señal grande y extraordinaria de la concepción y nacimiento del salvador del pueblo, de una madre doncella נָבָלָת = *la doncella*, que la versión griega de los Setenta precisó más con el término de ἡ παρθένος *la virgen*.

Ahora bien, refiriendo San Mateo el hecho histórico de la concepción virginal de Jesús, nos declaraba, inspirado por luz superior, y de manera auténtica, que el hecho prodigioso estaba ya previsto y solemnemente anunciado en el pasaje de Isaías. Era la interpretación tradicional de la Iglesia durante diez y nueve siglos, siguiendo la interpretación terminante y clara del evangelista.

Pero según Loisy, ni el texto era del profeta, ni, de serlo, anunciaría la concepción y el nacimiento de Cristo, siete siglos después, de madre virgen.

El sentido real e histórico de la letra había tenido su cumplimiento en la perspectiva inmediata del nacimiento de Ezequías; el sentido espiritual de la interpretación evangélica, con perspectivas tan distantes en la visión del profeta, había que clasificarlo, en el fondo, dentro de la categoría de las especulaciones místicas cristianas (1).

Se concibe la inquietud que hubieron de producir tales ideas entre los oyentes de Loisy, y no tardó en llegar a sus manos un billete, en el que, haciendo uso de las normas disciplinares por él promulgadas, le presentaba un discípulo de San Sulpicio todo un cuestionario, “pensado con madurez y hábilmente redactado” (los calificativos son del mismo Loisy) contra su interpretación del pasaje de Isaías. Tan bien redactado venía el cuestionario, que sospechó fuese obra, no del seminarista, que se lo trajo, sino de uno de los directores de San Sulpicio, tal vez del Sr. Bacuez (2).

(1) “Et je classais, au fond, l’application chrétienne dans l’ordre de la spéculuation mystique”, *Mémoires*, I, 140.

(2) “Il me parut que ce questionnaire n’avait pas été conçu par le séminariste, qui me l’apportait, mais par un directeur de Saint-Sulpice, M. Bacuez peut-être, et certainement par un esprit des plus fermés. Ayant encore ce document, je puis dire que mon impression reste la même qu’au premier jour: ce n’était pas autre chose qu’un traquenard théologique”, *Mémoires*, I, 141. Es el estilo que se gasta Loisy siempre que le salen al paso la teología o los teólogos,

A juzgar por el comentario, que nos ha dejado en sus *Memorias*, su tono en la primera clase fué de quien se siente irritado ante un proceso de herejía, que se le quiere abrir. Y en esa ocasión volvió a mantener Loisy sus primeras posiciones:

“La verdad es que yo negaba la profecía en el sentido propio de la palabra, y admitía sólo una esperanza religiosa, variada en sus manifestaciones, y que acabó por definirse en el ideal evangélico, desembocando en el misterio cristiano. Las profecías, decía yo, no contienen en su letra la descripción anticipada de la historia evangélica y cristiana; solamente la preparan, alimentando entre tanto la esperanza religiosa. Las profecías, como en general las Escrituras, no alcanzan más que una verdad relativa, condicionada por las circunstancias del tiempo en que se produjeron. Sólo espiritualmente se cumplen, y este su cumplimiento viene condicionado por circunstancias diversas de aquéllas, en que al principio se concibieron. Pero si se parte de la noción teológica y escolástica, brutal y grotesca, absurda y ciega, de la inspiración bíblica, y de lo que en el *patois* de la teología se llama la *inerrancia* de los autores inspirados, la Ley y los Profetas deben desembocar exactamente en las Escrituras del Nuevo Testamento, y en las creencias de la Iglesia; y el sentido primero de las Escrituras judías debe ser el que han reconocido en ellas sus intérpretes cristianos; así, la exégesis ortodoxa no es más que la sistematización del contrasentido mismo. Yo partía de otros principios: los textos bíblicos encierran un sentido propio, relacionado con las circunstancias del tiempo y del medio, de las luces y del carácter mismo de los hombres, que los escribieron. Ese sentido no depende del comentario tradicional, aunque éste sí debiera estar más dependiente de aquél. A la ortodoxia le toca arreglárselas ahora con los resultados de la exégesis histórica y positiva, suavizando sus teorías y definiciones generales, formuladas en tiempos de relativa ignorancia. A la larga, siempre es la teología la que se ve obligada a volver atrás” (1).

* * *

A pesar de estas jactancias bravuconas de Alfredo Loisy, la ortodoxia ha conservado sus posiciones, sin retroceder un palmo, en lo que se refiere a la doctrina de la inspiración y del sentido literal profético de los pasajes del Antiguo Testamento, auténticamente declarados por el Señor o sus Apóstoles en el Nuevo. Lo que sí ha tenido que hacer la Iglesia es enseñar mejor de lo que supo aprender aquel pobre discípulo de teología, que fué Loisy, su doctrina tradicional de la inspiración y del sentido literal profético de las Santas Escrituras. Después de casi cincuenta años Loisy es el que ha pasado! La roca sigue en pie, incombustible, en medio de las ondas, con su frente bañada hoy más que nunca por los rayos purísimos de la verdad,

(1) *Mémoires*, I, 142.

mientras ha ido a perderse, deshecha en espuma, la ola en los acantilados de la costa.

Este incidente de sus primeras clases de exégesis le hizo ver el peligro que corría, pero no cambiar de ideas y métodos, en la enseñanza al joven profesor. La última clase de aquel año la consagró al tema, que luego había de ocuparle con frecuencia, a la cuestión bíblica; y fué entonces, cuando esbozó por vez primera el programa de estudios, publicado más tarde en las páginas de su revista *L'Enseignement Biblique*, enero-febrero de 1892 (1).

Desde este primer año de exégesis, lo nota el mismo Loisy, comenzó a ser sospechosa su enseñanza (2). El nuevo curso de 1885-1886 lo abrió con una disertación sobre la historia del profetismo en Israel, silenciando dos puntos escabrosos de su manuscrito sobre el carácter según él adivinatorio de las profecías del Antiguo Testamento y un método de su interpretación histórica en el Nuevo. Después de esta breve introducción general, continuó con su comentario a la segunda parte de Isaías.

"Las suertes estaban echadas en 1886—dce Loisy—, la Biblia fué la causa primera y principal de mi evolución intelectual; terminé por ser su crítico, por la sencilla razón de haberla seriamente leído" (3).

Ni Duchesne, ni d'Hulst, ni otra alguna de sus amistades conocía la tragedia interna, que llegaba a su desenlace en el silencio del alma. Sólo su amigo Joiniot, atormentado también por la duda, pudo leer en su espíritu un día de ese mismo curso de 1885-1886, en que le confió largamente aquél sus ideas sobre el carácter legendario de los relatos en los Evangelios. El mismo se sentía ya fuera de la corriente del pensamiento católico. Si se querían interpretar los dogmas dentro de la ciencia, no bastaba con una explicación más o menos amplia y nueva; era indispensable a su juicio una refundición sustancial de todo el sistema, pues no tenían ya sentido, en cuanto a la realidad de su objeto, dogmas como el de la concepción virginal de Cristo o el de su resurrección gloriosa.

Soñar, por otra parte, en llevar a cabo toda esa transformación de la teología católica, parecíale, con razón, una temeridad y una lo-

(1) *Avant-Propos*, VIII-XIII.

(2) *Mémoires*, I, 139.

(3) "Les sortes sont jetés dès 1886", *Mémoires*, I, 154-155.

cura, de parte de un pobre profesor de hebreo, estando tan por encima de sus fuerzas. *Rien à faire*: tal fué el triste pensamiento, contra el que venía a estrellarse el sueño de su juventud, y fué menester que el tiempo, con su acción lenta, le devolviera la esperanza de una actividad fecunda (1).

* * *

En ese estado de alma, y cuando se preparaba a explicar los Profetas menores en su clase de exégesis, junto con el hebreo y los primeros elementos de asiríología en la sección de lenguas orientales, fué cuando vino a declarársele la hemotisis, con serio peligro de tuberculosis pulmonar, los primeros días del curso de 1886-1887. Necesitó de varios meses de reposo absoluto en la Costa Azul, y sólo después de Pascua, el 19 de Abril, pudo volver a reanudar sus clases sobre el libro de Oseas en el Instituto. En los cursos de 1887-1888 y de 1888-1889 le ocuparon Jeremías e Isaías, en sus últimos capítulos, con la versión griega de los Salmos.

“Muy pronto se comenzó a hablar a medias palabras—nos dice uno de sus mejores oyentes de aquellos años, y actual Rector del Instituto Católico de París, Mgr. Baudrillart—de las audacias del abate Loisy en la cátedra, y de la manera irreverente como trataba a los autores católicos que le habían precedido en los estudios bíblicos; hasta parecía tener satisfacción en señalar defectos en el sagrado texto. El tono de su enseñanza era áspero, mordaz, sarcástico, pero elocuente y vivo; la palabra, un poco sacudida y como forjada a golpes, pero vibrante y profunda; todo el fondo revelaba a un hombre muy al corriente de los trabajos contemporáneos alemanes o ingleses, y lleno de ideas propias; en todo lo que decía, sentíase la pasión y el arrojo de quien estaba convencido era preciso renovar la crítica bíblica en la Iglesia. Y, en fin, aun cuando su enseñanza despertaba vivas inquietudes, cabía, con todo, interpretar bien y aceptar, con algunas dosis de buena voluntad, cada una de sus afirmaciones, tomada por separado.

Mgr. d'Hulst estaba al tanto de cuanto ocurría en la clase de Loisy, así como de los comentarios que se cruzaban entre sus partidarios y los que no lo eran. El defendía a Loisy como a Duchesne, es decir, que le sostenía en el fondo, si bien atacándole a ratos entre sonriente y serio. *Es un pequeño Renan*,

(1) “Maintenant je ne pouvais me dissimuler... qu'une refonte de tout le système catholique était indispensable; que pareille tâche étant au-dessus des forces humaines, un petit professeur d'hebreu et d'assyrien serait absolument fout de l'entreprendre. *Rien à faire*: telle était la triste pensée, contre laquelle venait se briser le rêve de ma jeunesse, et il me fallut du temps pour regagner l'espoir d'une activité féconde”, *Choses Passées*, 80.

solía decir por entonces hablando con sus íntimos; aunque, claro es, de haber pensado realmente así, no le hubiera sostenido más en la cátedra" (1).

Ese fué el defecto de Mgr d'Hulst: ilusionado con las esperanzas, que hacía concebir para la ciencia católica aquel joven lleno de facultades y de promesas dentro del campo, entonces tan necesitado, de los estudios bíblicos, no midió bien su propia responsabilidad de Rector, ni se hizo cargo de la influencia nefasta del hombre, que con su prestigio y protección sostenía y encumbraba para un porvenir doloroso, no lejano, de la Iglesia y del mismo Instituto.

Protesta indignado el P. Lagrange contra ese proceder sin conciencia de Loisy, que en su estado de alma regenta la cátedra de Escritura y hasta aspira a ser pronto su profesor titular:

"Hubiera sido más decoroso aplicarse exclusivamente a los hechos, a la filología sagrada, sin preocupaciones teológicas ni apologéticas. En ese su estado de alma, se podía seguir siendo profesor de hebreo y de asirio; lo que no se podía, era aspirar a una cátedra, que llevaba por título de *Sagrada Escritura*. Y esa era, sin embargo, desde hacía más de dos años, la situación de Loisy en el Instituto Católico de París (2).

Tiene razón el P. Lagrange. Ante aquellas ruinas de su alma no había otra posición decorosa que tomar la puerta y marcharse. No lo entendió Alfredo Loisy, y con ello probó no tener ningún sentido de responsabilidad, ni rastro alguno de pudor, en su espíritu.

V. *El profesor titular de Escritura en el Instituto Católico de París.*

Imposibilitado ya para todo trabajo de enseñanza y próximo a la muerte el profesor titular de Sagrada Escritura, el siriacizante Mr. l'abbé Martin, pensóse en sustituirle definitivamente para el curso de 1889-1890 con el aspirante a aquella cátedra, Alfredo Loisy. Joven y sin título aún de doctor en teología, creyó prudente Mgr d'Hulst darle como colega y como profesor primero en la cátedra al sulpiciano Fulcrano Vigouroux. Su autorizada figura daría buena sombra al jo-

(1) BAUDRILLART, *Vie de Mgr. Maurice d'Hulst*, I, 475-476. En nota añade cómo él mismo se lo oyó decir repetidas veces: "J'ai personnellement entendu ce propos plusieurs fois".

(2) "Avec cet état d'âme on pourrait demeurer professeur d'hébreu et d'assyrien: on ne devrait pas aspirer à une chaire dont le titre était: *d'Écriture Sainte*", *M. Loisy et le Modernisme*, 38.

ven Alfredo, a la vez que aquietaba a cuantos no vieran con tan buenos ojos ese nombramiento.

“Yo era, en el pensamiento de Mgr d’Hulst, el exagera de la casa”, dice con visible satisfacción Loisy, al sentirse en posesión de su cátedra, largo tiempo suspirada (1). Había llegado, por fin, el momento de realizar su programa, concebido en seis capítulos, que eran casi los de una introducción general a la Sagrada Escritura:

- 1) La historia del dogma de la inspiración.
- 2) La historia del canon.
- 3) La historia del texto y de las versiones.
- 4) La historia de la composición de los libros santos.
- 5) La historia del pueblo de Dios, de la teología bíblica y de las instituciones religiosas de Israel.
- 6) La historia de la exégesis bíblica.

Esfuerzo considerable y digno de loa, si se quiere, para el año 1889, pero que no alcanzamos a ver por qué nos lo presenta su autor como una revolución de los estudios bíblicos dentro del cuadro de la teología católica, si no es por el carácter exclusivamente histórico, y, por lo tanto, mutilado, de su programa, y, sobre todo, por el espíritu, que había de llevar en sus labios esa enseñanza. Porque su contenido científico no era ciertamente ninguna novedad en nuestras escuelas. Las pretensiones de Loisy, sin embargo,—él nos lo dice—, eran crear con ese vasto programa el estudio científico de la Biblia dentro de la Iglesia. El mismo sería su creador desde la cátedra del Instituto, pasando las cuestiones de introducción y la exégesis misma, del plan de la teología y del punto de vista dogmático, al plan de la historia y al punto de vista racional y crítico (2).

* * *

Ahí estaba efectivamente la novedad, y no porque la Iglesia ni

(1) “J’étais, dans la pensée de Mgr. d’Hulst, l’exégète de la maison, *Mémoires*, I, 179.

(2) “Ma pensée fondamental, que je me gardais bien d’exprimer trop clairement, était que l’étude scientifique de la Bible n’existait pas dans l’Église catholique, et qu’il la fallait créer en reprenant, pour ainsi dire, comme en sous-œuvre, et les questions d’introduction biblique et l’exégèse même, pour les faire passer du plan de la théologie, du point de vue dogmatique, au plan de l’histoire, au point de vue rationnel et critique”, *Mémoires*, I, 172-173.

la teología dogmática se opongan, o aún sean indiferentes, a la historia ni al estudio racional y crítico, con tal que se respeten las diversas esferas y jerarquías de la verdad integral en los dominios de la razón y de la fe; sino porque Loisy entendía esa historia y esa crítica a su manera, mediatisadas desde luego por sus prejuicios filosóficos, como los de la relatividad de nuestras ideas, y cortadas al talle de la razón humana, árbitra y juez en última instancia de la misma revelación divina. Esa era, ya entonces, la línea divisoria entre Loisy y la doctrina católica; la misma, que nos separa siempre de los teólogos protestantes liberales. Aún cuando el acuerdo fuera perfecto sobre todos los puntos, que se discuten en el campo de la crítica, esa hegemonía de la razón autónoma, con exclusión absoluta y "a priori" del *obsequium mentis* en aras de la fe, abre un abismo infranqueable entre ambos pensamientos.

Bien se guardó él de expresar claramente por entonces el fondo de sus ideas, antes bien rodeóse una vez más de ficción y de mentira, aparentando contactos, que ya no existían, con la enseñanza tradicional católica. Pero aun así creyó más conveniente invertir el orden anunciando en su programa, y retrasando las cuestiones más delicadas del primer capítulo sobre la historia del dogma de la inspiración, que nunca había de exponer, *ad kalendas graecas*, empezó por el segundo de la historia del Canon.

“Habiéndome quemado en 1884 con ésta (la inspiración), sin que nadie lo haya sabido, fuera de Mgr. d'Huist, comprendía yo la conveniencia del retraso. Por eso comencé por la cuestión del Canon, y seguí luego por la de los textos y versiones. Estaba convencido de que una cuestión, imposible de abordar sin peligro en 1890, podía ser casi inofensiva para 1900 ó 1910. También es verdad que estaba yo entonces preparando toda una revolución verdadera en la enseñanza dentro del Catolicismo francés; y si alguien pretende que el principio del Modernismo católico estaba ya asentado entonces, aunque con menor desarrollo y menos claro que en mis escritos de 1900-1903, no seré yo quien le contradiga. Bien sabía yo antes de 1889 que el trabajo de los exegetas católicos estaba dificultado, si no imposibilitado, por el absurdo principio de la inerrancia bíblica, canonizado en los textos Conciliares y en las Encíclicas Pontificias, y repetido luego en Manuales de Teología hasta la saciedad, según venía transmitiéndose de siglo en siglo, desde los días de los escribas y fariseos hasta los nuestros” (1).

El creía haber dado con una fórmula honrada, sencilla, clara para

(1) *Mémoires*, I, 174-175.

movearse libre y desembarazado, fuera de ese círculo de hierro de la teología católica. Y su sistema le parecía tan bien fundado, construido con silogismos tan impecables, que ni los mismos teólogos escolásticos más intransigentes habían podido oponerle nada, aunque otra cosa nos diga la historia de su primera tesis doctoral sobre la inspiración, aun antes de presentarla, fracasada.

* * *

Y con ese volver y revolver constante de los que padecen ideas fijas al punto, que les fascina, la tradición nos asegura, repetía Loisy, que las Escrituras están inspiradas en todas sus partes, e inspiradas para ser verdaderas. El buen sentido más elemental nos obliga, por otra parte, a convenir en que los Libros santos no son cosa distinta de la que en realidad lo son, es decir, libros escritos en determinadas circunstancias, y con vistas a un fin, igualmente determinado, y cuyo contenido se ha de fijar por los medios ordinarios de la inteligencia humana. No cabe, pues, determinar *a priori*, y sin previo examen, la verdad contenida en las Escrituras, sino que se ha de fijar mediante el trabajo de exegesis y de crítica. ¿Cómo pudieron esos libros recibir más inspiración de la que en realidad recibieron, y de la que sufre su mismo carácter de libros, compuestos en un tiempo y en un medio determinados? (1).

Y con un silogismo, según él impecable, pero de cuya contextura interna fácilmente puede juzgar un simple novicio en materias de lógica menor, se imaginaba echar por tierra todo el antiguo edificio dogmático de la inerrancia bíblica, y eso, aun admitido el principio mismo tradicional de la inspiración:

"Los Libros santos están inspirados para ser verdaderos. Es así que están inspirados, para ser lo que son. Luego estudiemos lo que son, para saber lo que contienen de verdad" (2).

No hacía falta, en efecto, que Loisy se hubiera tomado la molestia de trazarnos el cuadro triste de sus pobres estudios de Seminario; bastaba con esta prueba de su libertad admirable de movimientos por los campos de la dialéctica, porque cierto que las proposicio-

(1) *Ibid.*, I, 177.

(2) "Les Livres saints sont inspirés pour être vrais; ils sont inspirés pour être ce qu'ils sont; étudions ce qu'ils sont pour savoir ce qu'ils contiennent de vérité". *Mémoires*, I, 177.

nes y los términos mismos de ese silogismo se enlazan y suceden entre sí como saltos en el vacío... El no se muestra, con todo, descontento de sus fuerzas:

“Bastaba con este ligero torpedo para abrir una brecha irreparable en el viejo acorazado de la inspiración y de la inerrancia bíblica” (1)

Y alargando un poco más su visión del porvenir respecto del dogma católico, continúa con gesto de profeta:

“Por ahí es por donde acabará de hundirse un día, u otro, la antigua nao; porque su línea de flotación va siempre bajando, a pesar del esfuerzo real, o aparente, de su tripulación por sostenerla.”

Y radiante de gozo, formula por fin su principio de la verdad relativa, con la distinción del doble sentido, el histórico y el tradicional, en los textos:

“Yo había dado con una distinción tan clara, como ventajosa, de mi principio sobre la verdad relativa de las Escrituras. Existían el sentido histórico y el sentido tradicional de los textos: el primero era el que realmente les correspondía por su origen y su naturaleza misma, siendo, en cambio, el segundo un sentido superpuesto y como ingertado en los textos, en virtud del trabajo posterior de la fe en la evolución progresiva del judaísmo antiguo y del cristianismo naciente. Para el historiador y el crítico no había duda posible: sólo del primer sentido se había de tener cuenta en los textos, relegando el segundo a los dominios de la historia de la exégesis y de las creencias del pasado” (2).

—VI. *La interpretación de la Biblia en materias de fe y de costumbres según el sentir unánime de los Padres.*

A fines del mismo año 1889, y mientras desarrollaba su tema de la historia del Canon relativa al Antiguo Testamento, le sugirió d'Hulst la conveniencia de tomar el grado de doctor en teología, necesario por otra parte para regentar la cátedra como profesor titular del Instituto, a base de su estudio inofensivo sobre el Canon. Y, en efecto, el 7 de marzo de 1890, coronaba rápidamente los exámenes con la defensa pública de su tesis. Loisy, que pasó sin mayo-

(1) *Mémoires*, I, 177.

(2) *Ibid.*, I, 178.

res tropiezos por esas pruebas de su ingenio y de su doctrina, nos describe patéticamente el momento solemne de su juramento sobre los Evangelios en manos de Mgr d'Hulst ante el altar de la capilla del Instituto:

“Aunque el Símbolo usado en parecidas circunstancias no tenía aún la amplitud que habían de darle los complementos antimodernistas de Pío X, era ya de buenas proporciones. Mgr d'Hulst, que me veía agotado por la fatiga, animaba mi lectura con la más compasiva de sus miradas. Dejó entrever alguna inquietud, al observar que me paraba de golpe después del pasaje, en que el ritual me hacía decir que nunca explicaría la Biblia, sino conforme al sentido unánime de los Padres. Y aunque yo conocía ese texto desde tiempo atrás, presentóseme de repente la idea tan extraordinaria y tan poco conforme a mis sentimientos, que tuve necesidad de respirar un momento. La mirada del Rector me llamó al orden, dentro de las exigencias de la liturgia. Y volví a continuar mi fórmula, acabándola de un respiro” (1).

¡Cualquiera diría que el exégeta católico, según es la caricatura, que de él nos presenta Loisy, es un ser sin entendimiento ni juicio, que va repitiendo mecánicamente, siempre y en todo, la interpretación de los Padres, sin que pueda revolverse, aherrojado dentro de ese círculo de hierro! Pero se calla la limitación a los puntos de fe y de costumbre, que consigo lleva ese saber del sabio católico.

(1) *Choses Passées*, 106; *Mémoires*, I, 187-188. El P. Lagrange es el que ha llamado justamente la atención sobre la contradicción en que incurre Loisy en ese doble relato del mismo hecho. Según la versión del año 1913, conocía el doctorando, y de tiempo atrás, el texto del juramento, en que se promete interpretar la Escritura, en materias de fe y de costumbres, conforme al sentir unánime de los Padres; mientras que en la versión del año 1930 supone más bien lo desconocía. Compárense los dos textos:

Choses Passées, 106

Mémoires, I, 185

“*Bien que ce texte me fut connu depuis longtemps, l'idée m'avait paru tout à coup si extraordinaire, et si peu conforme à mes sentiments, que j'éprouvais le besoin de respirer un peu.*”

“*J'ai déjà dit comment la lecture de cette profession de foi m'avait spécialement impressionné à l'endroit où je me trouvais, sans l'avoir autrement prévu, engagé à n'interpréter l'Écriture que d'après le consentement unanime des Pères.*”

“*La contradiction est manifeste*”, dice con razón el P. Lagrange, *M. Loisy et le Modernisme*, 39.

co, como se callan los caracteres de unanimidad y universalidad en el tiempo y en el espacio, que el sufragio requiere, si ha de tener fuerza obligatoria sobre el exegeta. Y en ese caso, el sentido del texto es demasiado claro, para que la crítica verdadera pueda ponerle en duda.

Pero además, ¿no era el mismo Loisy, el que hace poco nos gastaba aquellos apóstrofes commovedores al magisterio infalible de la Iglesia, invocando su interpretación auténtica como regla suprema de toda interpretación, y tratando de cubrir por ese lado lo que tan al descubierto, y tan a merced del juicio particular de cada intérprete, dejaba su teoría de la verdad relativa en el texto inspirado? Y ¿qué es el sufragio moralmente unánime y universal de los Padres, interpretando en materias de fe y de costumbres los Libros inspirados, sino la expresión auténtica de ese mismo magisterio, según Loisy, infalible de la Iglesia?

Estamos ante las ruinas de la fe bajo una fachada que se quiere aparentar correcta. Y esas ruinas interiores del alma de Loisy nos explican en parte sus contrasentidos: los labíos y la pluma hablan y escriben todavía de un magisterio infalible de la Iglesia; pero su entendimiento y su alma están ya hace tiempo de espaldas a esa columna de la verdad, en la interpretación de las santas Escrituras.

* * *

Diversamente acogida por la crítica su tesis doctoral sobre la historia del Canon del Antiguo Testamento—Duchesne opinó de ella en el momento mismo del examen público de Loisy que no suponía avance alguno en la investigación ni renovación en la ciencia (1)—, pronto le siguió, durante el curso de 1890-1891, el estudio complementario de la historia del Canon del Nuevo, como en los dos siguientes el de la historia de los textos y de las versiones. En las clases de exégesis, a las que sólo dedicaba los últimos meses del año, comentó el libro de Job y volvió una vez más sobre Isaías.

Simultaneaba, entretanto, en la cátedra Fulcrano Vigouroux, y su tema por tres años, los tres últimos de Loisy en el Instituto, fué el que anunciaaba en latín el Calendario de la Facultad: "Dominus Fulcranus Vigouroux indagabit ecquid et quantum a rerum ac tem-

(1) "Duchesne avait retenu certaines critiques pour la discussion: d'abord il me dit que le sujet n'était pas neuf, et que je ne l'avais pas renouvelé", *Mémoires*, I, 193-194.

porum adiunctis in conscribendis sacris libris auctores acceperint". Las dos mentalidades y las dos enseñanzas crearon pronto una oposición latente entre ambos profesores, y acentuaron más la división entre los dos bandos, de admiradores y adversarios, en torno a la cátedra de Loisy.

Al defender Vigouroux, junto con las influencias históricas, culturales y literarias, del tiempo y del medio, en que se escribieron los Libros santos, su inerrancia absoluta en todas las materias, y en todas y cada una de sus partes; discutía un problema irreal e inexistente, a juicio de Loisy, estando sujeta la Biblia, como cualquier otro libro, a las condiciones y consecuencias del medio histórico y del tiempo, en que se produjo.

"Pero este problema ficticio era la ortodoxia misma, dando por supuesta la inspiración divina de las Escrituras y haciendo esfuerzos supremos por explicarla. Mis trabajos, en cambio, suponían cosa muy distinta, al explicar cómo esos libros habían sido compuestos en las mismas condiciones psicológicas e históricas que todos los demás libros escritos por mano de hombre, y cómo eran inteligibles sólo en el grado y en la medida en que la historia crítica lograra reintegrarlos a su tiempo y a su medio originarios" (1).

Todo lo demás era para Loisy "la metafísica de la inspiración", escapaba al análisis, y se colocaba de espaldas a la realidad histórica de las cosas. Es decir, que había naufragado en su espíritu el principio fundamental en el estudio del dogma de la inspiración: Dios autor primero y principal de las Santas Escrituras.

La ola crecía, entretanto, amenazadora, con siniestros relámpagos, precursores de tormenta, sobre el horizonte. Y vino a estallar por fin, en los años de 1892 y 1893, arrebatando a Loisy de su cátedra del Instituto. Pero esa tragedia, que se abre con sus clases sobre los primeros capítulos del Génesis, y se agrava con el célebre artículo, *La Question Biblique*, de Mgr d'Hulst, para cerrarse tristemente con otro no menos célebre, *La Question Biblique et l'Inspiration des Écritures*, del mismo Loisy, el mes de Noviembre de 1893, días antes de la promulgación de la Encíclica "Providentissimus Deus"; pide un cuadro aparte, dentro de esta historia de la crisis bíblica en el campo católico, a fines del siglo XIX.

* * *

(1) *Mémoires*, I, 193-194.

Loisy se sintió desde un principio con vocación de reformador, y hay que confesar que los estudios bíblicos dejaban entonces mucho que desear en la Iglesia. Y hasta pudo presentarse legítimamente a su espíritu, observa el P. Lagrange (1), la idea de progreso y de renovación, con caracteres de reforma en el caso. Cuando Lutero alzó la bandera de la reforma en el siglo XVI, no negó la Iglesia su conveniencia ni aún su necesidad: lo que hizo, fué oponer la verdadera reforma católica a la pretendida religión reformada. Es espíritu de reforma, es algo eternamente actual y viviente dentro de la Iglesia de Dios, por el hecho mismo de estar formada de *hombres*, es decir, de seres intelectual y moralmente siempre perfectibles, dada sobre todo la alteza de la moral y de la doctrina cristianas. Pero el ejercicio de esa misión, cuando invade, sobre todo, ciertas esferas transcendentales de la fe y de las costumbres, con singular providencia divina, y también humana, está últimamente confiado a la jerarquía. El movimiento inicial partirá muchas veces de los individuos, privilegiados en ciencia o en virtud; pero la jerarquía será la que en último lugar decida de lo que se ha de condenar, permitir o fomentar dentro de la Iglesia. Sólo ella debe, y puede, juzgar por su misma misión divina, recibida de Cristo, y hasta por su posición privilegiada y única en la sociedad, de lo que conviene en esas esferas transcendentales de la vida a los fieles.

A Alfredo Loisy le faltó la base misma de la formación eclesiástica en filosofía y teología, le faltaron el equilibrio y la ponderación y madurez debidas de espíritu, y nos atreveríamos a decir que hasta la ciencia y el talento, necesarios para un movimiento de ese género, le faltaron. Y fué menester que en momento difícil y crítico interviniera, como otras veces en la historia, eficazmente la jerarquía, para dar a esas aguas de renovación su hondo cauce, natural y seguro, y fué la mano sabia de León XIII la que, con su impulso y dirección, las puso por fin en marcha hacia el término, por todos suspirado, del moderno renacimiento de los estudios bíblicos.

VICTORIANO LARRAÑAGA

(1) *Mr. Loisy et le Modernisme*, 10-11.